

# 1

En el atlas el río sigue fluyendo. Su fina línea transporta mercancías a un destino que ha dejado de existir. Yo llevo su nombre, y nunca sabré la razón por la que mis padres me lo pusieron porque se llevaron la respuesta a la tumba. El río prosigue apaciblemente su curso, aunque en mis ensoñaciones me lo imagino desembocando en la inmensidad del mar, mezclándose con ciudades hundidas, acarreando botellas con viejos mensajes en su interior.

He perdido demasiado tiempo en esta página. Debería estar ya en Estados Unidos, viajando por la costa de Florida hasta llegar a Rhode Island, en Providence, donde mi hermano mellizo acaba de hacer saltar por los aires un hospital con una bomba por las investigaciones con embriones que se estaban llevando a cabo.

No sé cuántas personas habrán muerto por su culpa.

Linden transfiere nerviosamente el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Ni siquiera sabía que tuvieras un hermano —observa cuando le cuento a dónde me dirigía—. Pero cada día que pasa descubro algo nuevo sobre ti, ¿no te parece?

Lo dice con amargura. Está decepcionado con nuestro matrimonio y la forma en que acabó. En realidad no lo da por terminado.

Mi hermana esposa echa un vistazo por la ventana, con el pelo centelleando como la luz del sol colándose entre las hojas otoñales.

—Va a llover —observa quedamente—. Sigue aquí solo por mi insistencia.

El que fue mi marido en el pasado todavía no cree que Cecilia corra peligro en el hogar de Vaughn, su padre. O tal vez sí lo crea, no estoy segura, porque últimamente apenas me habla, salvo para preguntarme cómo me encuentro y para decirme que pronto me darán de alta en el hospital. Debería de considerarme afortunada, porque la mayoría de pacientes están hacinados en los pasillos o embutidos a docenas en las habitaciones, si es que los aceptan. Yo en cambio gozo de comodidades y privacidad. Esta clase de hospitalización está reservada a los ricachones y no hay que olvidar que mi suegro es el propietario de prácticamente todos los hospitales del estado de Florida.

Al andar escasos de sangre para transfusiones y como perdí tanta al rajarme la pierna con un pedazo de cristal en mi desaforado delirio, me ha llevado lo mío recuperarme. Y ahora que mi sangre se ha regenerado, quieren extraerme una muestra y analizarla para asegurarse de que me esté reponiendo. Suponen que mi cuerpo no ha respondido a los intentos de Vaughn para tratar el virus, no sé exactamente qué fue lo que él les contó, pero siempre se las apaña para encontrarse en todas partes sin estar presente.

Dicen que mi tipo de sangre es interesante. No ha-

brían encontrado otra como la mía, aunque más personas hubieran donado sangre por la mísera cantidad que el hospital les paga.

Cecilia ha mencionado la lluvia para distraer a Linden, que no despega los ojos de la enfermera que acaba de friccionarme el brazo con alcohol para esterilizarlo. Pero la treta no le funciona. Los ojos verdes de Linden están clavados en la jeringuilla llenándose de la sangre que me extraen. En mi regazo cubierto con una frazada sostengo el atlas, y paso la página.

Me descubro de nuevo en Norteamérica, el único continente que queda en pie, pero ni siquiera está entero, Canadá y México no son ahora más que parajes inhabitables. En el pasado había un montón de personas y países, pero hace tanto tiempo que fueron asolados por las guerras que apenas se habla de ellos.

—¿Linden? —dice Cecilia tocándole el brazo.

Él gira la cabeza hacia ella, pero sin mirarla.

—Linden —insiste ella—. Necesito comer algo, me está empezando a doler la cabeza.

Por fin logra atraer su atención, porque Linden sabe que Cecilia está embarazada de cuatro meses y es proclive a la anemia.

—¿Qué te apetece, cariño? —le pregunta él.

—Antes he visto que en la cafetería tenían madalenas.

Frunciendo el ceño, Linden le responde que debería comer cosas más nutritivas, pero al final cede ante el mohín de Cecilia.

En cuanto Linden sale de la habitación en la que estoy ingresada, ella se sienta al borde de la cama, apoya la barbilla en mi hombro y mira la página del atlas. La en-

fermera se va llevándose la muestra de sangre que me ha sacado en el carrito del instrumental quirúrgico.

Es la primera vez que me quedo a solas con mi hermana esposa desde que llegué al hospital. Resigue el contorno de América del Norte con el dedo y lo hace girar por el océano Atlántico siguiéndolo con la mirada.

—Linden está furioso conmigo —admite llena de remordimiento, aunque esta vez no lloriquea como solía hacer—. Dice que podrías haber muerto.

Me pasé meses en el sótano, encerrada en el laboratorio de Vaughn, siendo objeto de incontables experimentos mientras Linden, sin saberlo, daba vueltas por las plantas de arriba. Cecilia me visitaba y decía que me ayudaría a escapar, pero nunca le contó nada a Linden.

Aunque no es la primera vez que Cecilia me traiciona, en esta ocasión creí que me quería ayudar. Se dedicaba a desbaratar los experimentos de Vaughn retirándome la aguja del gota a gota y manipulando el equipo médico. Creo que intentaba que yo estuviera lo bastante lúcida como para que me escapara por la puerta trasera. Pero Cecilia sólo tiene catorce años y no se da cuenta de que nuestro suegro cobija unos planes mucho más ambiciosos que sus mejores intentos. Es un contrincante demasiado poderoso. Hasta ha conseguido engañar a Linden todos estos años.

—Pero, aun así, ¿por qué no se lo dijiste a Linden? —insisto.

Cecilia toma una temblorosa bocanada de aire y endereza la espalda. La miro, pero ella me rehúye la mirada. Para no hacerla sentir culpable, finjo mirar el atlas abierto.

—Linden se quedó destrozado cuando te fuiste —admite—. Estaba furioso y triste a la vez. No quería hablar de ello. Cerró tu habitación y me prohibió entrar en ella. Dejó de dibujar. Pasaba la mayor parte del tiempo conmigo y con Bowen, y a mí esto me encantaba, pero sabía que lo hacía para olvidarte —añade respirando profundamente y pasando la página del atlas.

Nos quedamos mirando Sudamérica unos segundos.

—Y al final empezó a animarse —me cuenta—. Me dijo que en primavera me llevaría a una exposición. Pero entonces regresaste y creí que si él te veía todo volvería a ser como antes y ya no pasaría tanto tiempo conmigo —añade mirándome dolida con sus ojos marrones—. Y además tú no querías volver. Por eso te ayudé a escapar de nuevo, él nunca se hubiera llegado a enterar y habríamos sido felices.

Dice la última palabra «felices» como si fuera el tesoro máspreciado. Se le quiebra la voz. Hace un año se hubiera echado a llorar al pronunciarla. Recuerdo que el día antes de escapar, la dejé gritando echa un mar de lágrimas en un montículo de nieve al darse cuenta de que había traicionado a Jenna, nuestra hermana esposa mayor, al contarle a nuestro suegro que me estaba ayudando a escapar, lo cual sólo hizo que acabara decidiendo deshacerse de ella.

Pero Cecilia ha crecido desde entonces. Tener un hijo y haber perdido no a uno sino a dos miembros de su matrimonio, la ha hecho madurar.

—Linden tenía razón —afirma—. Podrías haber muerto y yo... —traga saliva sin despegar sus ojos de los míos— no me lo habría perdonado nunca. Lo siento, Rhine.

Le rodeo los hombros con mis brazos y ella se reclina contra mí.

—Vaughn es peligroso —le susurro al oído—. Linden se niega a creerme, pero tú sí me crees.

—Lo sé.

—Sabe a todas horas dónde estás exactamente, al igual que lo sabía de mí.

—Lo sé.

—Mató a Jenna.

—Lo sé. Lo sé.

—No confíes en Vaughn por más que Linden intente convencerte de lo contrario —le advierto—. No te quedas nunca a solas con él.

—Tú puedes escaparte, pero yo no —responde—. Éste es mi hogar. Todo cuanto tengo.

Linden carraspea en el umbral de la puerta advirtiéndonos que ha vuelto. Cecilia se levanta de un salto y poniéndose de puntillas le da un beso mientras toma de su mano la madalena que le ha traído. La saca de la bolsita de plástico. Después se sienta en una silla y apoya sus hinchados pies en el marco de la ventana, ignorando las insinuaciones de Linden para que nos deje a solas. En nuestro matrimonio, Cecilia fue siempre un pequeño engorro, pero ahora hasta le agradezco que se quede. No sé lo que Linden quiere decirme, sólo sé que al moverse nerviosamente por la habitación está indicando que quiere quedarse a solas conmigo y la idea me da pavor.

Contemplo a Cecilia mordisqueando los bordes de la madalena mientras le caen algunas miguitas en la pechera de la camisa. Sabe perfectamente que él está deseando que se vaya para quedarse a solas conmigo, pero

también sabe que no se atreverá a pedírselo por estar ella embarazada y por ser la única esposa que le queda que le adora de verdad.

Linden coge el cuaderno de dibujo que había dejado sobre una silla, se sienta e intenta distraerse mirando los diseños de los edificios que ha bosquejado. En cierto modo me da pena. Nunca ha sido lo bastante autoritario como para pedir lo que quiere. Sé que la conversación que está deseando mantener conmigo me dejará sintiéndome culpable y mal, pero se la debo después de todo lo que ha hecho por mí.

—Cecilia —digo.

—¿Mmm...? —responde mientras le caen algunas miguitas de los labios.

—¿Nos podrías dejar solos unos minutos?

Cecilia mira primero a Linden, él le indica con la mirada que está conforme, y luego me mira a mí.

—Vale —responde suspirando—. De todos modos tenía que ir a hacer pis.

En cuanto se va, Linden cierra la puerta tras ella.

—Gracias —me dice cerrando el cuaderno de dibujo.

Enderezo el cuerpo, aliso la parte de las sábanas que me cubre los muslos y asiento con la cabeza, aunque rehuyéndole la mirada.

—¿Qué querías decirme?

—Mañana te darán el alta —me anuncia sentándose junto a mi cama—. ¿Tienes algún tipo de plan?

—Hacer planes nunca se me ha dado bien —respondo—. Pero ya se me ocurrirá algo.

—¿Cómo piensas encontrar a tu hermano? Rhode Island queda a cientos de kilómetros de distancia.

—A dos mil kilómetros más o menos. Según lo que he leído —respondo.

Arruga el ceño.

—Todavía te estás recuperando, Rhine. Deberías descansar algunos días más.

—Prefiero ponerme en marcha en cuanto me den de alta —le contesto cerrando el atlas—. Además no tengo ningún otro sitio adonde ir.

—Sabes que eso no es verdad. Tienes... —titubea antes de seguir— un lugar donde vivir.

Iba a decir «hogar».

No le respondo y el silencio que surge está lleno de todas las cosas que Linden me quiere decir. Palabras fantasmales, espectros que rondan las motas de polvo bañadas por los rayos de sol.

—O si quieres también puedes quedarte con mi tío —me propone rompiendo el silencio.

Esta sugerencia hace que le lance una mirada demasiado curiosa, porque parece hacerle gracia.

—Mi padre lo desheredó hace muchos años, cuando yo era muy joven —observa—. Debo fingir que no existe, pero vive cerca de aquí.

—¿Es el hermano de tu padre? —pregunto sin dar crédito a mis oídos.

—Piénsatelo —responde Linden—. Es un tipo algo raro, pero a Rose le caía bien —dice esta última parte riéndose, las mejillas se le sonrosan y yo curiosamente me siento mejor.

—¿Ella lo conoció?

—Lo vio en una ocasión —contesta—. Una vez que nos dirigíamos en coche a una fiesta, Rose dijo inclinándose hacia el asiento del conductor: «Estoy harta de es-



tos aburridos jolgorios. ¡Llévanos a otra parte!» Conque le di al chófer la dirección de mi tío y pasamos la velada en su casa con él, tomando el peor pastel de café que habíamos probado en toda nuestra vida.

Es la primera vez desde que Rose murió que Linden habla de ella sin hacer una mueca de dolor.

—Y el hecho de que mi padre lo odie hizo que Rose tuviera más ganas aún de conocerle —prosigue Linden—. Mi padre cree que su hermano está a favor del naturalismo y que además es algo raro. Por eso no le conté que habíamos ido a verle.

Se ve que Linden tiene un lado rebelde. ¡Quién lo iba a decir! Me recoge el pelo detrás de la oreja. Es una costumbre que tenía y al darse cuenta de lo que ha hecho, aparta enseguida la mano.

—Lo siento —masculla.

—No pasa nada —respondo—. Me lo pensaré —añado hablando atropelladamente—. Me refiero a lo que me has dicho de tu tío.

## 2

Cecilia se asoma por la ventanilla de la limusina con el pelo ondeando a sus espaldas como una cinta atrapada en un gancho. Bowen, en brazos de su padre, alarga la manita para agarrárselo. Me sorprende cuánto ha crecido desde la última vez que lo vi. Es como un osito de peluche: robusto, simpático y con las mejillas sonrosadas. Nació con el pelo negro y unos risueños ojos azules que ahora han adquirido un color avellana. El pelo se le ha vuelto rubio cobrizo, como seguramente el de Cecilia de niña, aunque nunca lo sabremos con certeza. Tiene la barbilla prominente y las finas pestañas de su madre. Cada día que pasa se parece menos a Linden.

Pero es un niño precioso. Y Cecilia lo quiere con locura. No he visto a nadie querer tanto a alguien como ella quiere a su hijo. Incluso ahora, mientras contempla el cielo deslizándose velozmente en lo alto, le está cantando una nana que reconozco como el poema de un libro de la biblioteca de la planta de las esposas. Jenna solía leerlo en voz alta.

*Y las ranas croando en los estanques de noche,  
y los ciruelos con sus trémulas florecillas blancas;*

*y los petirrojos con las plumas encendidas  
gorjeando sus antojos posados en una baja alambrada...*

El sol ocultándose en el horizonte hace que el mundo se tiña de naranja. Me froto nerviosamente los puños en las rodillas. No me puedo creer que Vaughn nos haya prestado la limusina para esta ocasión. Tal vez esté intentando ganarse a Linden, manipularlo con su actitud contrita y servicial. Me da miedo que en cualquier momento el chófer gire en redondo y me lleve de vuelta a la mansión. Pero al ver que se adentra en una carretera rural, me tranquilizo. Hace ya varios minutos que hemos dejado atrás los últimos edificios. Ahora no hay más que prados y algún que otro árbol solitario que aparece y desaparece como un estallido.

—¿Dónde estamos? —pregunta Cecilia dejando de cantar la nana y volviéndose luego a reclinar en el asiento.

—No lo sé exactamente, es alguna zona rural. Nunca me llegué a aprender los nombres de las calles —responde Linden.

Cecilia coge a su hijo y, sosteniéndolo por encima de su cabeza, le da unos sonoros y graciosos besos en la barriguita, las risitas de Bowen le hacen sonreír.

—Gira por este camino y sigue las marcas de las ruedas —le dice Linden al chófer.

Hasta la limusina por más cómoda que sea se zarandea al circular por el escabroso terreno. A los pocos minutos nos topamos con la única vivienda que hay a la vista: una casa de ladrillos de dos plantas tan antigua y sólida como la mansión de Vaughn, pero mucho más pequeña. Está rodeada por media docena de lonas

como fantasmas negros con forma de coche. También hay un cobertizo y un molino destartalados. El techo de la casa está cubierto de paneles reflectantes.

Cecilia arruga la nariz.

—No podemos dejarla en este lugar —le dice a Linden—. Parece un depósito de chatarra.

—No está tan mal —contesta él.

—¡Pero si el techo está cubierto con papel de aluminio!

—Son paneles solares —le corrige Linden pacientemente—. Así la casa consume menos electricidad.

Cecilia abre la boca para protestar.

—Es sólo por un par de días —tercio—. El lugar me gusta.

No le digo que, aunque no pueda compararse a la lujosa mansión de Vaughn, es una casa tan bonita como cualquiera de las que había en el lugar donde crecí. Y además en Manhattan muchas casas están equipadas con paneles solares porque la mayoría de la gente no tiene dinero para pagar la electricidad.

La limusina se detiene y yo salgo enseguida del coche por miedo al gas anestésico, a las portezuelas cerradas, o a que de los conductos de ventilación salgan sigilosamente serpientes para estrangularme.

Ha empezado a anochecer y al ser un lugar tan apartado está envuelto en la oscuridad. Las estrellas centellean con toda la gama de tonalidades rosadas y azuladas, trazando en el cielo una nube solitaria y alargada.

Linden, acercándose a mi lado, alza también la vista al cielo siguiendo mi mirada.

—Cuando era pequeño, mi tío me decía los nombres

de las constelaciones. Pero yo nunca conseguía encontrarlas —observa él.

—Pero la Estrella Polar sí que la reconoces —le recuerdo.

Me acuerdo de que le habló a Cecilia de esta estrella y que ella se llevó un buen chasco por la falta de romanticismo de Linden.

—Está allí —dice siguiendo la dirección de mi brazo cuando la señalo con el dedo.

—Eso es la cola de la Osa Menor —le corrijo moviendo el dedo a lo largo de las estrellas correspondientes—. Es mi preferida porque parece una cometa.

—Ya la veo —dice él en voz baja, sorprendido—. Creía que la Osa Menor tenía forma de cucharón.

—Pues yo diría que tiene forma de cometa. Por eso siempre la encuentro.

Linden se gira hacia mí, su aliento es tan leve y sosegado que sólo agita los cabellos más finos de alrededor de mi cara. No me atrevo a apartar los ojos de las estrellas. El corazón me martillea en el pecho. Se agolpan un montón de recuerdos en mi cabeza. Recuerdo sus dedos desabrochándose los zapatos y deslizándose lentamente bajo los tirantes de mi vestido de fiesta rojo. Sus labios pegados a los míos. La hiedra y las copas de champán flotando en la oscuridad de mi dormitorio la noche que llegamos de la exposición a las tantas de la madrugada. Sus hombros cubiertos de copos de nieve y su cabello negro la noche que nos despedimos.

Cecilia cierra la portezuela del coche de un portazo, arrancándose de mis cavilaciones.

—Si Rhine va a pasar aquí la noche, yo me quedo

con ella para asegurarme de que no la asesine el lunático que vive en este lugar.

Abro la boca para reprenderla por ser tan grosera. Para decirle que el tío de Linden ha tenido la amabilidad de acogerme en su casa y que pedirle cualquier otra cosa sería una ingratitud. Y también para añadir que si ella apenas me llega al hombro, ¿cómo iba a protegerme de un lunático si yo no pudiera hacerlo?

Pero las palabras no me salen de la boca. Las palmas de las manos me empiezan a sudar sólo de pensar en la única hermana esposa que me queda regresando a la mansión. Cecilia estaba segura en ella cuando ignoraba de lo que su suegro era capaz, pero ahora que sabe lo que hace en el sótano y hasta dónde puede llegar, temo por su vida.

—Mi tío no es un lunático —observa Linden volviendo a abrir la portezuela del coche para sacar la maleta que no ha dejado de deslizarse de un lado a otro del maletero durante todo el trayecto.

—Entonces, ¿por qué tu padre lo odia tanto? —le suelta Cecilia.

El padre de Linden es el menos indicado para decir quién es o no un lunático, pero me lo callo. Me apoyo contra el maletero de la limusina porque la cabeza me da vueltas, las estrellas se ponen a palpar de súbito en el cielo y Linden tiene razón, necesito descansar antes de aventurarme de nuevo en el mundo. Por doquier no veo más que vacío. ¡Qué lejos queda el mundo! Todos mis esfuerzos, todos los kilómetros recorridos han sido en vano. He estado en el sótano de los horrores de Vaughn durante más de dos meses. Dos meses que me parecieron diez minutos. Gabriel debe de creer que he muerto. Al igual que mi hermano.

Pero me he llegado a sentir tan triste y abatida que mi cuerpo ha desarrollado un mecanismo de defensa para que deje de pensar en ello. La cabeza se me emboita y los huesos me empiezan a doler. Siento unos vientos huracanados arremolinándose en las cavidades de mis oídos. Un dolor punzante me nubla la visión con un fongonazo blanquecino.

Cecilia y Linden están hablando... creo que de la excentricidad frente a la locura, y la tensión va aumentando por momentos mientras se interrumpen el uno al otro. Él tiene una paciencia de santo, pero ella se las apaña para sacar de quicio a cualquiera.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Cecilia, y de pronto me doy cuenta de que se han alejado un par de metros en dirección a la casa. Linden se gira para mirarme, lleva la bolsa de los pañales de Bowen colgada del hombro y la maleta en la mano: la ha llenado con la ropa de mi armario.

Asiento con la cabeza y les sigo.

Nadie responde cuando Linden llama a la puerta. Vuelve a llamar con más fuerza y luego intenta mirar por la única ventana visible, la persiana está echada.

—¿Tío Reed? —dice llamando en el cristal de la ventana.

—¿Sabe que íbamos a venir? —pregunto.

—Se lo dije la semana pasada cuando vine a verle.

—¿Le visitas a menudo? —tercia Cecilia dolida—. Nunca me lo has contado.

—Lo he estado haciendo a escondidas... —admite él, y luego murmura algo para sus adentros mientras intenta ver a través de la persiana—. Creo que hay luz en el interior.

Vuelve a llamar y al comprobar que nadie responde, abre la puerta.

Cecilia le cubre a Bowen la cabecita para protegerle por si acaso y lanza una mirada pensativa en medio de la oscuridad.

—Linden, ¿crees que es seguro entrar?

Pero él ya se ha metido en la casa.

Yo le sigo, con mi hermana esposa andando pesadamente pegada a mi espalda agarrada al dobladillo de mi camisa.

La casa está tan oscura que apenas vislumbro la figura de Linden avanzando delante de mí. Es un largo pasillo, la madera cruje bajo nuestros pies y en el aire flota un olor a tabaco, madera de cedro y moho. Al final del pasillo hay una habitación donde parpadea una tenue luz anaranjada.

Al llegar al umbral de la puerta Cecilia y yo nos detenemos, una a cada lado de Linden. Hemos llegado a la cocina, al menos eso parece ser. Hay una piletta y unos fogones. Pero en lugar de armarios no hay más que anaqueles abarrotados de cosas que no puedo reconocer en la oscuridad.

Sobre una mesita redonda parpadea una vela dentro de un frasco de conservas. Un hombre está sentado ante ella, encorvado sobre algo que parece un órgano gigantesco de metal. Sus cables, tubos y engranajes son las arterias, es un corazón mecánico que sangra aceite negro sobre la mesa y los dedos de ese hombre.

—¿Tío Reed? —dice Linden.

El tipo gruñe mientras sigue trabajando en el intrincado mecanismo con unos alicates y se toma su tiempo antes de alzar los ojos. Primero me ve a mí y luego a Cecilia.



—¿Son tus esposas? —pregunta.

Linden titubea. Pero no hace falta que responda, porque el hombre vuelve a enfrascarse en su trabajo sin demasiados miramientos.

—Creí que me habías dicho que tenías tres —añade.

—Sólo tengo dos —observa Linden con tan poca emoción que me da que pensar. Es como si Jenna nunca hubiera existido—. Y éste es mi hijo —añade cogiendo al bebé de los brazos de Cecilia—. Se llama Bowen.

El hombre —Reed— se queda callado, asombrado por algo. Lanza un gruñido.

—No se parece a ti —observa.

Cecilia juega con un interruptor de la pared, no funciona.

—Por favor no toques nada —le advierte Reed limpiándose las manos con un trapo tan sucio que no hace más que embadurnárselas con aceite.

Luego se dirige a la pileta y al abrir el grifo, éste tiembla antes de arrojar un chorro irregular de agua. Bajo la luz de la vela no puedo verla bien, pero creo que sale mezclada con motas negras. Reed masculla una palabrota.

Después tira de un cordel que pende sobre su cabeza y la cocina se llena de la luz mortecina de una bombilla que se balancea en el techo. El vaivén de las sombras anima los tarros, los tubos y las piezas absurdas que llenan los anaqueles. En un rincón hay una nevera, pero no runrunea ni da muestras de funcionar.

Reed se acerca para inspeccionar al niño que Linden sostiene en brazos. Bowen está embobado, contemplando aturdido el balanceo de la bombilla.

—Pues no, no se te parece en nada —concluye Reed—. ¿De quién es?

—Es mío —afirma Cecilia.

El hombre resopla.

—¿Cuántos años tienes? ¿Diez?

—Catorce —replica ella apretando los dientes para no soltarle una impertinencia.

Cuando Reed se me acerca y se queda plantado frente a mí, me llega un fuerte olor a tabaco. Hace que los ojos se me empañen, pero agradezco que no se parezca en nada a Vaughn. No es tan alto como él, está algo rellenito y su pelo canoso es tan rebelde como olas espumantes batiendo contra las rocas.

—Creía que habías muerto —me dice.

Debo de estar peor de lo que creía, porque yo también lo he llegado a pensar.

—Ella no es Rose, tío. Se llama Rhine. ¿Recuerdas que el otro día te hablé de ella? —le dice Linden.

—¡Ah, sí, es verdad! —exclama Reed—. Nunca recuerdo el nombre de la gente, pero tengo buena memoria para los rostros.

—Me han dicho que me parezco a Rose —asiento amablemente.

—Muñeca, te pareces tanto a ella que podrías ser su fantasma —me asegura Reed—. ¿Crees en la reencarnación?

—Rhine no puede ser la reencarnación de Rose —le suelta Cecilia indignada—. Las dos vivieron en la misma época.

Él la mira como si fuera un moscardón molesto y Cecilia se pega un poco más a Linden por si acaso.

—Dime —dice Reed volviéndose hacia mí—, porque no me aclaro con lo que me ha contado mi sobrino. ¿Huiste dejándole plantado y ahora te está ayudando?

—Es una forma de verlo —respondo—. Pero en realidad no estaba huyendo, lo que quiero es encontrar a mi hermano.

Se me hace un nudo en la garganta, es por la mirada que Reed me lanza, por el olor que despide y por el tono de esa luz que parece como si me estuviera interrogando.

—Lo último que oí —añado— es que estaba en Rhode Island. Se ha metido en... una situación delicada y necesito encontrarle. Mientras tanto no te causaré ningún problema.

Las palabras me salen atropelladamente, Linden posa la mano en mi brazo y por alguna razón me tranquiliza.

Reed me mira la cabeza con la boca fruncida a un lado del rostro, como si estuviera cavilando.

—Tienes el pelo demasiado largo —concluye—. Recógetelo en una coleta para que no se te enganche en las máquinas.

—Vale —le respondo, aunque no tenga idea de qué me está hablando.

—Le dije que le ayudarías un poco —tercia Linden—. No tendrás que hacer ninguna tarea pesada. Mi tío sabe que te estás recuperando.

—Sí, del accidente de coche —puntualiza Reed.

No sé qué historia le ha contado Linden para justificar mis heridas, pero a juzgar por el tono de su voz no se lo cree o no le importa.

—Arriba hay una habitación donde puedes dejar tus cosas. Mi sobrino te la mostrará. Como el suelo cruje mucho, no deambules de noche por la casa.

Por lo visto es una indicación para dar por terminada

la conversación, porque se vuelve a enfrascar en el artificio que hay sobre la mesa. Linden nos acompaña al pasillo.

—¡Oh, Linden! —susurra Cecilia oyéndosele apenas por el suelo de madera crujiendo bajo sus pies—. Sé que estás enojado con ella, pero no me puedo creer que la dejes en esta casa.

—Le estoy haciendo un favor —responde él—. Y Rhine sabe cuidarse sola. ¿No es verdad? —añade volviendo la cabeza para mirarme. Yo voy a la zaga, a dos pasos de él.

Asiento con la cabeza, como si no me afectara su frialdad. Aunque no es cruel como su padre. Ni cariñoso como el marido que antes me buscaba en las noches silenciosas. Ahora me trata con una actitud intermedia. Este Linden no ha entrelazado nunca sus dedos con los míos, ni me ha elegido entre una hilera de chicas extenuadas capturadas por los Recolectores, ni me ha dicho que me amaba bajo una miriada de luces de colores. Ya no somos nada el uno para el otro.

Reed tal vez haya olvidado mi nombre, pero por lo visto recordaba que vendría porque la habitación extra está iluminada con tres velas: en la mesita de noche hay una, y en el tocador, dos. Junto con la cama individual, constituye el único mobiliario de la habitación. En la pared del fondo hay un espejo roto y mi reflejo flota en medio de la oscuridad. Es el fantasma de Rose. Casi espero que se mueva solo.

Cecilia deja la maleta y la bolsa de los pañales en el suelo, y al sentarse sobre el colchón, se alza una polvareda. Empieza a estornudar haciendo grandes aspavientos.

—No pasa nada —digo agitando la almohada para dispersar la nube de polvo.

—Me da miedo hasta preguntar si hay un baño que pueda usar —dice Cecilia.

—Al final del pasillo —responde Linden frotándose el puente de la nariz con el índice, sólo le he visto hacer este gesto cuando se siente frustrado por sus dibujos—. Llévate una vela.

En cuanto Cecilia se va de la habitación, me siento en el borde de la cama.

—Gracias por todo —le digo a Linden.

—Mi tío no te hará ninguna pregunta si tú no quieres —observa contemplando su reflejo en el espejo—. Me refiero a por qué no te has quedado en casa conmigo.

El silencio es tenso y forzado.

—¿Vais tú y Cecilia a volver allí? —le pregunto estrujando nerviosamente la manta entre mis dedos.

—Claro —responde.

Sigue sin creer nada de lo que le dije que pasó en el sótano. Ni sobre Deirdre. Recuerdo vagamente haber susurrado cosas sobre ella mientras deliraba por los medicamentos que me habían hecho tomar y sobre el cuerpo de Jenna escondido en un congelador. Linden me frotó el brazo para calmarme, susurrándome palabras que sonaban como cuerpos de polillas aleteando contra los cristales de ventanas. Cosas sin sentido a las que me intenté aferrar. Quizás al verme en la cama en un estado tan lastimoso no le quedó más remedio que quererme. Pero ahora dice que ya puedo cuidarme sola. No soy para Linden más que una mentirosa intentando destruir el mundo perfecto que su padre ha creado para él,

la que huyó destrozándolo todo. Y se hace tarde y es hora de despedirnos.

—¡No te vayas! —le pido de todos modos.

Linden me mira.

—¡No te vayas! Y no te llesves a Cecilia a ese lugar. Sé que no me crees, pero tengo el terrible presentimiento de que...

—Sé cuidar de Cecilia —afirma—, y también habría cuidado de ti de haber sabido que mi padre te daba tanto miedo.

Bowen se ha quedado dormido contra su pecho y ahora se lo coloca sobre el otro brazo.

—Mi padre creyó que si tú no querías ser mi esposa él podría disponer de ti. Es por tus ojos. Quería estudiarlos, pero fue demasiado lejos. A veces puede volverse obsesivo.

Cejijunto y con la vista clavada en el suelo, intenta justificar los hechos, explicar una situación que carece de sentido.

—Mi padre no es el monstruo que crees. Lo que pasa... es que se vuelca tanto en sus investigaciones médicas que se olvida de que las personas son personas. Se entusiasma demasiado.

—¿Se entusiasma demasiado? —le espeto— ¡Me perforó los ojos con una aguja, Linden! Asesinó a un recién nacido...

—¿Acaso crees que no conozco a mi padre? —me interrumpo—. Confiaría en él antes que creer en lo que me dices. Ni siquiera te preocupaste de contarme la verdad.

Hace meses, una noche estuve a punto de revelársela. Habíamos ido a una exposición. Estaba medio borra-

cha, con el pelo sudado, perfumado y alborotado. Me dejé caer sobre la cama. Él se encaramó sobre mi cuerpo y me besó. Era como si las ramas de los árboles nos susurraran cosas a la luz de la luna. Y Linden me dijo tan pegado a mí que sentí su aliento en mis pestañas: *Pero no sé quién eres, no sé de dónde has venido*. Los ojos le brillaban. Estuve a punto de contárselo, pero aquella noche era tan bonita, tan extraña, que no quise revelar-le mis secretos. O tal vez quería seguir fingiendo, llevar su alianza y seguir siendo su esposa un poco más antes de que la magia de la luna se desvaneciera.

Pero ahora me quedo callada. Sus ojos ya no le brillan al mirarme.

—Si no me querías, debiste habérmelo dicho. Te habría dejado marchar —dice.

—Tú tal vez lo habrías hecho, pero tu padre te lo hubiera impedido.

—Mi padre nunca se ha metido en mi vida —afirma.

—Tu padre siempre se ha estado metiendo en ella —le suelto.

Me mira y yo contengo el aliento. Algo ha aflorado tras sus ojos, algún razonamiento de amor o venganza. Algo que ha ido acumulando segundo a segundo durante mi ausencia. Y yo quiero poseerlo, sea lo que sea. Quiero sostenerlo entre mis manos como si fuera el corazón palpitante que le han arrancado del pecho. Quiero calentarlo con el calor de mi cuerpo.

—Cuando Cecilia vuelva, dile que la espero en el coche —se limita a decirme.

Y luego se va.

—¡No quiero dejarte aquí! —exclama Cecilia cuando le doy el mensaje de Linden—. En esta pocilga po-

drías contraer un cáncer o alguna otra enfermedad horrible —recuerda la palabra «cáncer» de un culebrón que Jenna miraba por la tele. Es un mal que se ha eliminado de nuestra genética.

—No creo que nosotros podamos tener cáncer —le recuerdo.

—¡Pues en esta casa todo es posible!

Debemos de estar armando jaleo, porque Reed golpea el techo.

Cecilia resopla irritada y se sienta en la cama junto a mí. A los pocos segundos me rodea los hombros con el brazo y se mira la barriga. Aunque sólo esté de cuatro meses se ve cansada e hinchada. Tiene las mejillas y las yemas de los dedos coloradas. Y la cara y el pelo húmedos por haberse refrescado con agua fría, siempre lo hace después de sentir náuseas.

—¿Últimamente te has encontrado mal?

—Me siento bastante bien —responde en voz baja—. Linden cuida de mí.

Cecilia me preocupa. Me pregunto si a ella o a Linden se les ha ocurrido que se ha quedado encinta sin haber tenido tiempo de recuperarse del otro embarazo. Vaughn seguro que sabe lo peligroso que es y aun así lo ha permitido, lo cual me preocupa más todavía. Me da miedo que Cecilia cruce el oscuro pasillo, baje las escaleras y vuelva a caer en las garras de Vaughn sin poder zafarse nunca más de ellas. Creo que ella también está asustada, porque no se levanta para irse. No sé cuánto tiempo transcurre hasta que Linden viene a buscarla.

—¿Estás lista? —le pregunta desde el umbral de la puerta, sumido casi por completo en la oscuridad.

—Pasaré aquí la noche —responde ella.



Mantienen una especie de conversación con los ojos. Una comunicación entre marido y mujer, algo que nunca supe tener. Cecilia es la que gana, porque Linden coge la bolsa de los pañales y se dispone a irse.

—Mañana a primera hora vendré a recogerte.

A los pocos minutos contemplamos por la ventana la limusina desapareciendo por el camino.

El colchón es duro y está lleno de bultos, y Cecilia que vuelve a roncar como hacía en los últimos trimestres del embarazo, se pasa la noche revolviéndose y girándose en la cama. Me da tantas patadas que al final agarro la almohada y decido dormir en el suelo. Pero cada vez que me muevo para cambiar de postura, el duro suelo de madera se me clava en el profundo corte del muslo que aún no ha cicatrizado. En mis sueños la sangre mana de la herida filtrándose por el suelo de madera y Reed aporrea el techo cuando le empieza a caer a borbotones sobre el engranaje en el que está trabajando. El motor que hay sobre la mesa cobra vida. Palpita y respira.

Cecilia musita mi nombre en la oscuridad. Al principio creo estar soñando, pero ella insiste, aumentando la frecuencia y el volumen de la voz.

—¿Qué quieres? —digo al final.

—¿Por qué estás en el suelo?

Sólo vislumbro su rostro y su brazo apoyado en el colchón, y el pelo enmarañado sobre un hombro.

—No parabas de darme patadas.

—Lo siento. Vuelve a la cama. Te prometo que no lo haré más.

Me hace un hueco y yo me acuesto a su lado. Su piel está pegajosa y caliente.

—No deberías dormir con los calcetines puestos —le

advierto—. Te hacen sudar demasiado. En tu primer embarazo por la noche siempre estabas afiebrada.

Mueve las piernas bajo la manta sacándose los calcetines. Tarda un poco en sentirse cómoda, y como noto que procura no molestarme, no me quejo por los puntapiés que me sigue dando. Al final se tiende de lado, de cara a mí.

—¿Has vomitado cuando fuiste al lavabo? —le pregunto.

—No se lo digas a Linden —me pide bostezando—. Le afecta demasiado. Cuando me pasa, se inquieta.

Es normal después de lo que le sucedió a Rose durante el embarazo. Pero no se lo puedo decir. Y pronto descubro, pese a mis preocupaciones, que estoy lo bastante agotada como para dormirme.

—No me puedo sacar de la cabeza esas otras chicas que iban con nosotras en la furgoneta. Las que asesinaron —me confiesa justo cuando yo estaba empezando a soñar.

Cecilia me arranca de mis sueños y deseo desesperadamente que vuelvan. Hasta una pesadilla sería preferible a esos recuerdos. Mis hermanas esposas y yo nunca habíamos hablado de esas escenas extrañas y terroríficas que nos unieron. Y Cecilia, que siempre quiso ser el ama de casa feliz, es la que menos esperaba que lo hiciera.

—Sólo quiero que sepas que no soy un monstruo.

—Claro que no lo eres —le aseguro volviendo el rostro hacia ella.

—Dijiste que lo era. El día que te escapaste.

—Estaba disgustada —respondo apartándole el pelo sudado de la cara—. Lo que le pasó a Jenna no fue culpa tuya.